

Voces invisibles

Hernán Ruiz Rodríguez

CAT Ibagué – Semestre X
Lic. Lengua castellana

Capítulo III

Un día, de camino a casa, Juan vio cómo unos soldados llegaban a su barrio, creyó que había ocurrido algo malo, ya que ellos corrían de un lado al otro obligando a las personas a regresar a sus casas y llenarse de miedo, por eso la mamá no los dejó ir a jugar al parque; la verdad, antes del anochecer, el barrio quedó como un desierto. Por momentos se escucharon sirenas y, cuando menos pensaron, el silencio se apoderó de las calles. Juan recordó las películas de terror que, a escondidas, veía con su hermana. Era una escena muy miedosa, por eso cerró sus ojos y quiso pensar que era una pesadilla y que pronto volvería a la normalidad. Intentó prender el televisor para ver sus programas de aventura, pero solo aparecían letreros que anunciaban que los canales fueron eliminados y que en adelante únicamente presentarían los programas aburridos de los señores de corbata o algunos que mostraban ejércitos y aviones de guerra, no como los que el papá le había regalado en su cumpleaños, sino de verdad, de esos que tiraban bombas y destruían ciudades enteras. En la clase de historia, la maestra les había mostrado imágenes de lo ocurrido en una guerra: aviones sobrevolando las ruinas de las ciudades y miles de personas muertas en algo que ella llamaba el holocausto. Juan sentía mucho miedo al pensar que así quedaría San Simón, la misma población que tantas alegrías le había dado cuando recorría sus calles mágicas. No quería que se acabaran las casas o que un día se derrumbaran los edificios, la escuela y el parque donde jugaba con Nana. No le gustaba la guerra, prefería pensar en el color de la paz, así pareciera borrarse de la mente de todos. Cuando pasaban esos programas en la televisión, la mamá prefería apagarla, les compraba películas o sacaba juegos de mesa para que en las noches lograran dormir plácidamente, aunque en ocasiones se presentara alguna pelea debido a que Nana no soportaba que su hermano le ganara. A Juan le agradaba mucho que Nana conservara aún el color de la inocencia, y en su mundo solo existieran reinos de fantasía y castillos donde se perdía su imaginación.

“Todo misterio termina por resolverse”, es lo que siempre decía Daio y esa vez tuvo razón. En la



mañana, Lena, mamá de Juan, fue a la tienda y encontró cerrado, ese día no hubo huevos ni leche para el desayuno. Los militares mantenían a todos en sus casas porque hubo protestas durante la noche. Las personas se habían vuelto como locas dañando los almacenes y los supermercados para llevarse hasta los televisores, tal vez anhelaban ver otras imágenes que no fueran las de la tristeza y soledad que cada día llenaban las calles de la ciudad.

“Qué aburrido, otra vez no habrá clase”, pensó Juan porque no le gustaban esos días, amaba la escuela, con sus amigos las aventuras eran diferentes. A pesar de que todos veían las cosas horribles que empezaron a ocurrir, aún guardaban en sus memorias los helados de “El gran arcoíris de helado” que ahora lucía perdido en el espeso negro del olvido. A los niños no les preocupaba mucho lo que pasaba alrededor de la escuela, se sentían seguros de que era su guarida secreta y que, por ser de tantos colores, estaba blindada contra las cosas malas; sobre todo, contra esa nube gris que robaba la tranquilidad y el color de San Simón. Aunque a veces los mandaban a salir corriendo al patio; según la maestra, con el fin de prepararlos para lo peor, los simulacros de guerra en los que debían estar atentos no le gustaba a ninguno de los alumnos. Las guerras de ellos eran diferentes, jugaban a tirar bolas de arena simulando que eran de nieve, pues todos soñaban con conocerla; pasaban tardes enteras en la cancha de la escuela buscando tesoros o jugando a los piratas, eran esos los juegos que debían estar disfrutando, ya que la guerra era algo a lo que nadie quería jugar.

En San Simón no hay mar, pero Juan siempre soñó con ser grande y llevar a papá y mamá a las hermosas playas que mostraban en la tele, aunque sabía que faltaba mucho, le emocionaba pensar en los colores de esa inmensa piscina y los grandes barcos que conocería y a los que su papá le llevaría a montar; además, pensaba en que podrían ir a nadar con los delfines o a bucear hasta lo profundo del mar y encontrar esas ciudades perdidas de las que les hablaba la maestra en las clases de sociales o de ciencias naturales. Soñar no cuesta nada y menos cuando se tiene

ocho años. A esa edad todo parece fácil, aunque, para los adultos, los sueños de los niños no pasan de ser caprichos. A veces, Juan se sentía como un pez grande en un estanque pequeño, eso le hacía ver Manuel, el profesor de artística. En sus clases, los chicos dibujaban los paisajes que tenían en su memoria, les decía que en la infancia siempre estaría el origen del color de los sueños y les indicaría cómo pintarlos en grandes lienzos. Juan creía que sus sueños eran como un gran arcoíris, de muchos colores y grandes sombras, ya que siempre había vivido en lugares maravillosos y sabía que la alegría y las sonrisas llenaban de colores cálidos el corazón. Tal vez era lo único que lo colmaba de ilusión, pensar que, como en los lienzos que pintaba, podía cambiar las cosas de color; además, que en su imaginación tenía la capacidad de convertir las cosas muertas en obras de arte.

Poco a poco, había tenido que entender que el hilo que separa la realidad de sus sueños, solía por momentos hacerse frágil y que, por más que sus padres se esforzaran por evitarles el dolor, lo tendrían que conocer a través del azul de la tristeza, y que eran esos mismos momentos los que les darían la fuerza para transformarlos a colores vivos a pesar de su aspecto oscuro.

Nana era la única hermana de Juan, ella mantenía en otro mundo, empezó a crecer y pudo por fin entrar a la escuela, en ese tiempo su mamá le encargó ser su cuidador, una tarea nada fácil, pues, por cada paso que él daba, Nana corría mil por la carretera; no le tenía miedo a nada, para ella solo existían las princesas, los castillos, las muñecas, por eso no pensaba en las guerras o en el dolor de perder el color de sus sueños que, a su corta edad, mantenía intactos. Nana gritaba de la felicidad y sonreía cuando escuchaba explosiones cercanas a la escuela, decía que, como en sus películas, el reino celebraba su llegada. Ella abrazaba con fuerza a Juan y él la abrigaba con sus brazos tratando de calmar su corazón que palpitaba muy rápido y, aunque decía no temer, en sus ojos se percibía una sensación de angustia, la misma que Juan empezó a ver en los ojos de sus padres.

Juan intentaba que nadie se diera cuenta de lo que sentía. La profesora María le enseñó que no debía jugar con los miedos ni sorprenderse por lo que estaba pasando en su país, pues llegarían tiempos peores. Él ya no sabía qué pensar, hasta el cura del barrio les hablaba de tiempos difíciles en los que necesitarían aferrarse a una esperanza; tal vez, en eso consistía, en tener la capacidad de enfrentar con valor todo lo que se venía, así como el hombre increíble, aprender a sacar la fuerza oculta para romper los temores, aunque sin ponerse verde.

Los ojos de la gente empezaron a quedarse sin color, caminaban con angustia, parecía como si algo los hubiera llenado de miedo y se les hubieran robado los colores de sus sueños. Eso empezó a crear algo que nunca habían sentido: una leve sensación de incertidumbre. Juan se acordaba del día en que Nana nació, era la misma sensación, no saber qué pasaría con su mamá ni cómo nacería su hermana le causó dolor de estómago y no pudo quedarse quieto, fue algo muy extraño. Así, en su interior, empezó a desvanecerse el color de su infancia.

La profesora les había enseñado que solo se necesita de un evento para cambiarlo todo, que en muchos momentos de la historia surgieron personas o sucedieron cosas que marcaron la vida de otros, unas veces para bien y otras, para mal. Los chicos creían que vivían en una película en la que al director le gustaba mucho la acción, aunque ver morir a otras personas no parecía nada agradable, por eso preferían las pelis de los superhéroes. Sí, definitivamente, pensaban en que lo que los podía salvar era un superhéroe, alguien con una capa gigante que se llevara, con sus superpoderes, las nubes grises y le devolviera el color a cada sueño. Daio decía que eso solo podía pasar en las películas y esa no era para nada una historia de fantasía, era la huella implacable del miedo que a cada segundo les arrebatava sus ilusiones.

Las calles se tornaron rojas, las protestas continuaron y la escuela cerró; esa fue la peor noticia que les pudieron dar a los niños en ese tiempo, ya que era el único lugar en el que lograban volar lejos de las malas situaciones y ahora su guarida había sido derrumbada por los monstruos de la

guerra que acabaron los juegos escolares y obligaron a los alumnos a encerrarse en sus casas. Ya no había tiempo para fantasear, la realidad se había encargado de absorber la poca imaginación, y los sueños se empezaron a desvanecer con las lágrimas que rodaron por sus rostros inundados por el miedo. Los días dejaron de ser alegres, un color purpura se proyectaba en el horizonte como una mancha oscura que avanzaba sin compasión; el amarillo se tornó opaco con el pasar del tiempo.

El papá de Juan fue el primero en quedar sin trabajo, su empresa cerró las puertas y los dueños también se marcharon del país. Fue muy duro dejar el trabajo que durante tantos años le aseguró llevar el sustento a la casa y le había permitido dibujar miles de sueños que ahora se desdibujaban en tristeza. Eso le dolió un poco a Juan, pues no podría ir a ver los carros nuevos ni soñar con los colores que su papá, diseñador de automóviles, le permitía poner en su gran computadora. Daio estaba muy triste, algo que disgustó a los señores de la televisión hizo que cerraran la fábrica y dejaran a muchos sin trabajo. Para esos días muchas familias perdían el verde de la esperanza; entre ellas, la de Juan que, día a día, se llenaba de un color tan frío que hacía que todos temblaran de miedo. Luego fue su mamá quien perdió el trabajo. Ella siempre se había mostrado fuerte, pero su cara de preocupación había empezado a notarse y, a pesar de que creía que sus hijos no se daban cuenta, ellos la escuchaban llorar en silencio. La fábrica de medicamentos, para la que trabajaba Lena, cerró porque ya no encontraban insumos para la fabricación de las medicinas; por lo tanto, ya no tenían nada que hacer. Ese día, Lena llegó llorando; a diferencia de Daio, ella no pudo contener su tristeza frente a ellos, por un momento logró que el corazón de Juan se tornara de un color azul oscuro, él se acordaba de la profundidad del mar, aquel que, cuando aún no habían quitado la televisión, contemplaban con Nana y cuyo color parecía hipnotizar sus sueños que no tardarían en hacerse invisibles ante la mirada indiferente del mundo.